

que pronto llegaría con un título, para ayudar y no marcharme nunca más. Mi pueblo, mi pobre pueblo africano, mi madre África, un continente rico lleno de miseria, expoliada por los grandes imperios, sojuzgada por dictadores nativos que siguen vendiéndola y empobreciéndola con otro tipo de esclavitud. La esclavitud cultural, la de la ignorancia, una de las más difíciles de erradicar. Yo sigo luchando desde mi puesto, primero en la escuela, luego en la universidad y ahora como médico de la aldea. Todos creen en mí, me confían sus vidas, las de sus hijos y yo sigo trabajando para que mi pueblo recupere su dignidad, aquella que le han arrebatado hace cientos de años.

Está amaneciendo, miro a mi alrededor y mi consultorio de médico empieza a desaparecer, solo veo a mi padre parado en el umbral del mísero espacio en donde duermo, me llama a gritos, mientras miro a mi pobre madre enferma, marcharse al pequeño campo de arroz, que cultiva con otras mujeres de la tribu. Mi madre, agobiada por las enfermedades y sin voluntad para quejarse, acepta con resignación su destino, como algo inexorable. Cinco hijos y mala salud han sido demasiado para ella. No tuvo ninguna oportunidad en la vida, en cambio mi testarudo padre fue marino, pescador y ahora trabaja el cuero. Pero esas cosas no se discuten en casa, pero yo las pienso y sufro por ello.

Tengo que recoger agua, buscar leña, lavar la ropa, llevar el poco ganado a pastar, poner el mijo o el arroz a cocer, ir al río a comprar un poco de pescado para hacer el tiéboudienne y cuidar de mis hermanos pequeños, que pronto podrán ir a la escuela, sin tener que pelear ni convencer a mi padre. ¡Demasiado para mi pequeño cuerpo!

Sigo soñando con mi regreso a esa escuela que tanto amo. Tengo que luchar para conseguir ese privilegio, aunque dentro de mí estoy segura de que es un derecho que tengo pero que no es fácil hacerlo valer. Oigo a lo lejos cantos de iolé, olelé, olele, suenan los tambores, vuelven a sonar los kora y los djembe, las kalimbas ya no arrullan mis sueños, me despiertan a la realidad del día.

Mercelmira Blanco

